

## Juan Liscano al habla

MAXIMINO CACHEIRO

El importante poeta, ensayista y folclorólogo venezolano (1915), que como Octavio Paz conjuga la reflexión crítica con la poesía, tuvo a bien concederme una entrevista<sup>1</sup>, en su apartamento, en Colinas de San Ramón, magnífico mirador de donde se puede contemplar todo el valle de Caracas, en el que impera la eterna primavera. Hombre culto y refinado, lleva con discreta elegancia el ser uno de los intelectuales vivos de mayor fuste de Hispanoamérica. Las preguntas siguieron estos derroteros:

MOENIA.- ¿Cómo se conforma en su niñez su urdimbre existencial?

JUAN LISCANO.- Mi padre, Juan Liscano, murió muy joven, en 1918. Yo tenía tres años. Mi padre era abogado pero su afición a escribir era su vocación. Publicó, en 1904, una muy corta novela, *Días de Pasión*, que prologó Vargas Vila. Era cónsul de Venezuela cuando estalló la Primera Guerra Mundial. Los bombardeos alemanes sobre Reims y su catedral, amén de sus convicciones de respeto a la ley y a la convivencia de los pueblos y naciones, le movieron, a su regreso a Venezuela, a escribir un libro polémico a favor de la causa aliada y adverso al pangermanismo del Kaiser: *Las Doctrinas Guerreras y el Derecho*, publicado en 1915. Aunque el general Gómez simpatizaba ligeramente con la causa alemana, no hubo persecución alguna contra su libro. Más bien abundaron los homenajes de las Legaciones aliadas, encabezadas por Francia. Durante toda la guerra hasta su fallecimiento, poco después de pronunciar con motivo del 14 de julio un apasionado discurso, estuvo a favor de Francia. La Legación de Francia, al poco tiempo de su fallecimiento, recibió el encargo de concederle la Legión de Honor, la cual fue colocada en mi pecho, en un acto que me impresionó. Luego, a lo largo de mi infancia, mi madre, Clemetina Couturier de Liscano, rindió culto a la memoria de mi padre y solía leerme sus cartas de amor así como sus artículos líricos, además de mostrarme sus libros con tiernos elogios. Mi familia no era intelectual sino comercial. Tan sólo en el rincón de mi madre se corría el rincón sobre las letras, los libros, las ideas. De esa manera, mi niñez y mi infancia quedaron saturadas de la presencia paterna ligada indisolublemente a las letras, al fenómeno de escribir. La vivencia de mi padre, sin dejar lugar a dudas, sembró la semilla del escritor que he sido. La otra vivencia procedía de un tío, Andrés Velutini, dueño de hermosas haciendas en las faldas del Ávila, y de sus hijos, con quienes la jugaba “a

---

<sup>1</sup> Entrevista realizada el 13 de agosto de 1998.

las haciendas" en el jardín de la casa. Evocábamos las haciendas de mil maneras, viajando de una a otra montados a caballo sobre un palo de escoba, fingiendo las labores de lavar el café, para lo cual cavábamos en la tierra pequeños espacios rectangulares que eran los tanques. Imaginábamos en los viajes asaltos de bandoleros, animales feroces, serpientes, enemigos al acecho. Esa constante e infantil adoración por la hacienda, mansión y lugar mítico hundido en la naturaleza salvaje, permaneció en mí como alimento espiritual. De allí desarrollé mi gran amor por la naturaleza, los árboles y un sentimiento de repudio por la ciudad. La hacienda era el lugar de la libertad, la ciudad el de la cárcel escolar. En mi poesía volqué estos sentimientos de diversas maneras, lo cual me autoriza a señalar que fue mi fuente de inspiración mayor y que prevalece rotundamente en mi obra.

M.- ¿Qué significaron para Usted los estudios en Europa?

J. L.- La revelación de Francia, Italia, España, Suiza, y otros países visitados brevemente, ha tenido para mí, desde niño, pues mi madre al enviudar me envió a París a una escolita de dos damas mayores Le Cour Dupanlou, imborrables recuerdos. Vi la Semana Santa en Sevilla e Italia, era un cuento de hadas. En París aprendí el francés y lo hablé hasta mejor que el español. Los juegos en el Bosque de Boulogne, el teatro de títeres de los Campos Elíseos, los paseos allí mismo en burro, me dejaron sensaciones inolvidables. La presencia de Francia forma parte de mi infancia. En aquellos años, París era la capital cultural del mundo. Viajé dos veces más a estudiar en colegios de lengua franceses. En uno de ellos, debo al profesor Alirio Jiménez, andaluz, la introducción a la literatura española cuyos místicos me maravillaron. En otro aspecto también lo hicieron Valle-Inclán y Juan Ramón Jiménez. Leí a Becquer, a Espronceda, a Campoamor, a algunos clásicos y a los poetas que más influyeron en América, los de los años 20 y 30 con Lorca a la cabeza. Opté por estudiar humanidades. De vuelta a casa en 1929, mi madre, su esposo, que era viudo, y sus hijas menores acordaron educar a los hijos en Europa. Él, como funcionario creador y brillante de Sanidad, viajó con cargo diplomático y yo, según las circunstancias, estuve en colegios en diversos países. En Francia presenté el Bachillerato. Mi padrastro, a quien quise mucho, falleció en 1934 y volvimos a Venezuela donde tras revalidar mis estudios, entré en la Universidad Central a estudiar Derecho.

M.- ¿Y el exilio y el encuentro con Venezuela?

J. L.- Mi reencuentro con Venezuela, obviando detalles, coincidió con la rebelión de la adolescencia que, en mi caso, fue bastante borrascosa. La estaba en la Universidad me instruyó sobre el marxismo en auge. Nunca me adherí a ningún partido pero asumí un sentido crítico del capitalismo que perdura hoy, y con mayor énfasis que en los años 30, obligado como éste estaba a temer al bloque comunista. El "equilibrio del terror" sería deseable ante el Nuevo Orden neoliberal y dominador del mundo, advenido cuando se hundió la U.R.S.S. Por mi parte, la recién nacida Venezuela de la transición entre los 27 años de dictadura personal del General Juan Vicente Gómez, cuyo fallecimiento en 1935 y el régimen respetuoso de las Instituciones que lo sustituyó, implicó mi politización pero en calidad de independiente. No obstante, me vi obligado a realizar acciones públicas que motivaron mi exilio entre 1953 y 1958, por combatir la dictadura implantada como consecuencia del derrocamiento del gobierno liberal del

General Medina en 1945. Tomó el poder Acción Democrática en alianza con jóvenes oficiales quienes se armaron con el gobierno en 1948, derrocando a Don Rómulo Gallegos en las primeras elecciones universales y libres de mi país. Mis actuaciones políticas nunca obedecieron a los intereses de partido aunque pudieron coincidir a veces con éstos.

M.- ¿Cómo conceptúa su primera poesía?

J. L.- Empecé a escribir poemas en Francia, poco antes de regresar a Venezuela, al influjo del vasto mundo de las Letras que iba descubriendo. Esos poemas expresaban mi angustia existencial adolescente. Señalo aquí que, pese a pertenecer a una familia burguesa pudiente, siempre anduve en pos de algún mito: mi padre, las Haciendas y en Francia fueron el amor y la libertad. Además, las primeras lecturas de autores entre las dos Guerras me transmitieron, junto con el sentido de la propia identidad, la crítica del mundo. Rincón aparte y confundido con la teluricidad de mi infancia, fulgía Rómulo Gallegos, y después, los creadores del mundo americano, vago reflejo de posible novedad, de naturaleza viva y actuante: desde Jorge Isaac hasta Miguel Ángel Asturias, pasando por Graça Arandha, Azuela, Arguedas, José Eustasio Rivera, Ricardo Güiraldes. Hombres de tierra adentro como personajes y paisajes de un mundo inhollado. Mi optimismo nuevomundista se alimentó de esta supuesta novedad y encontró eco en la fuga de D. H. Lawrence hacia otros continentes que el europeo, mientras que Hermann Hesse me descubría la espiritualidad. Naldo Frank y el Conde de Kaysserlg, transmitían el mensaje nuevomundista. Éste cobró cuerpo después de la Segunda Guerra Mundial. Leí a los románticos, a Jung, a los poetas de la decadencia.

M.- ¿Cuáles eran sus preocupaciones éticas y estéticas a la sazón?

J. L.- Escribí y publiqué mi primer libro de poesía en 1938-39, en plena montaña, entre colonos de la Selva Negra establecidos en la Colonia Tovar del Estado Aragua, vecino al Distrito Federal y a la ciudad de Caracas. Esos 8 *poemas* imprecatorios constituían la manifestación explícita de mi verdad existencial: las haciendas, los hombres del campo, la aventura de la naturaleza pujante, pasados por la experiencia crítica aprendida en las letras europeas, de la crisis de la civilización. Oswald Spengler fue mi guía. Soy hijo cultural del nuevomundismo, de la idealización europea (Paul Gauguin ) y de la acerva crítica a la civilización europea imperialista de la posguerra de 1914-18. Paul Valéry resumió el drama en una frase: "Las civilizaciones son mortales". Mis 8 *Poemas* juveniles imprecaban contra las formas urbanas venezolanas, aún incipientes, contra el desarrollo industrial capitalista en ciernes, contra la pérdida del sentir telúrico. Nuevos hombres de regreso a la tierra y nueva concepción de la vida lejos de la modernidad industrial, consumista y financiera. Pero nunca vi en la revolución marxista materialista e histórica, esa renovación teluricista y mítica, la redención.

M.- Su *Nuevo mundo Orinoco* es el canto del devenir nacional y telúrico del ser venezolano.

J. L.- Sí, *Nuevo mundo Orinoco* , tentativa de neoépica, pretendió trazar el cuadro de la historia del Continente hispanoparlante y dejar a su gente ante la Aurora de una nueva era. Escribí ese canto extenso en el exilio, entre 1953 y 1958. Con este canto al

Gran Río Padre, trascendí el americanismo para ingresar en el yo, hasta entonces descuidado. Principié por el amor y el sexo, una dimensión que fulminaba la historia y lo anecdótico. Ese nuevo libro se titulaba *Cármenes* y traducía al lenguaje poético más esmerado, más trabajado, la experiencia del sexo entendida como apertura hacia el espacio y no el encierro. Al final lego las posesiones para viajar solo y libre hacia un más allá que terminará siendo la realización de la transcendencia en la espiritualidad crística y metafísica. En cierta forma, el regreso a un cristianismo libre. Acabo de concluir *Sola Evidencia* (1996-98), expresión de esa búsqueda del "Más Allá" espiritual, borrado el mundo y su infierno.

M.- Su poemario *Cármenes* (1996) supone una ruptura estética en su quehacer poético.

J. L.- Después del primer paso hacia lo óntico, en *Cármenes*, publiqué varios libros de poesía en esa dirección, sin abandonar mi ligazón con la naturaleza y las vivencias de la infancia.

M.- ¿Y en el *Rayo que al alcanzarme* inicia un nuevo ciclo en su poesía?

J. L.- Después de *Cármenes* inicié el recorrido ontológico: *Edad Oscura*, *Los Nuevos Días*, *Animalancia*, *Rayo que al alcanzarme*, *fundaciones*, *Vencimientos*, *Mysis El Viaje*, *El Origen Sigue Siendo*, *Resurgencias*, *En Aries*. Tal es mi producción poética desde *Cármenes* (1966) hasta 1996 (*En Aries*). Para mí, la creación de poesía ha orientado mi existencia de joven, de adulto y de viejo. Inquietudes y atracciones procedentes de los mismos polos motivaron esa obra reconocida con dos premios vernáculos, el Municipal y el Nacional, respectivamente en 1942 y en 1950. Por cierto, las obras premiadas no han sido nombradas hasta ahora: *Contienda* y *Humano Destino*.

M.- ¿Cómo compagina la labor ensayística con el proceso poético?

J. L.- Mi trabajo ensayístico siguió dos vertientes, la de la crítica y evaluación literarias, y la de análisis general de la realidad y el pasado cultural histórico. El tema de Venezuela se expande en las más diversas direcciones, pero de una manera general me muestro crítico con la civilización consumista-industrial, con la sobrepoblación y la megalópolis. Insisto en señalar que la gran destrucción ecológica y el monstruoso desarrollo tecnológico y armamentista, anuncian el Apocalipsis, en medio de una fiesta de millardos, de toneladas de papel moneda y de artificialidad cansona y a la vez repugnante. Mi libro *Nuevas Tecnologías y Capitalismo Salvaje* (1995) abunda en la crítica cerrada y razonada contra el desarrollo actual.

M.- ¿Qué importancia le concede a la sexualidad en su escritura?

J. L.- La sexualidad no ha sido para mí ni para mi obra un fin en sí, sino un medio posible de liberación momentánea, de respiración profunda y de plenitud ontológica. El estudio del erotismo, al cual fui dado, no escapa a aquellos parámetros. Asisto al rito sexual y lo he practicado defendiéndome de caer en esclavitud o en equivocaciones existenciales filosóficas o perversas.

M.- ¿Es optimista con respecto a Iberoamérica y al mundo del futuro?

J. L.- Actualmente, en la gran expansión del neoliberalismo financiero del Nuevo Orden después del hundimiento de la U.R.S.S., América Latina es, a lo más, aliado sumiso, estado asociado o colonia con gobierno propio. América Latina resurgió con Roosevelt y fue sometida por el Nuevo Orden monetarista y bancario de las potencias, en especial por la anglosajona. No soy nada optimista con respecto al futuro del mundo. De todo lo expuesto se deduce un sentimiento más bien terminal, apocalíptico. En cambio la vía espiritual, cristiana u otra y la figura de Jesús, anuncian para mí, la posibilidad de resurgencia desconocida, reencarnación o reintegración en la energía cósmica. El pasaje por la tierra me parece incomprensible, desde un punto de vista sensible. ¿Para qué construir un infierno mundano? A menos que el Mundo sea el verdadero Infierno y nuestro papel salvarnos en el esfuerzo mental y espiritual de ingresar en la Otredad celeste.